

## XIV

## COMBATE DE LEONES

Los rumores de la calle, que hasta entonces llegaran distintos á oídos de los dos interlocutores, habían cesado de pronto. El señor de Villanueva, que conocía perfectamente el período de calma que procede al estallido de la revuelta en tiempos de efervescencia popular, interrumpió el silencio.

— El tiempo vuela; — dijo el conde. — Sepamos el resumen de cuanto acabas de decir.

Armañac siguió mudo é inmóvil escuchando con avidez un canto lamentable que resonaba allá fuera á favor del silencio imponente observado por la multitud, tan bulliciosa poco antes.

Una voz femenina, cantaba :

¿Por qué me lo arrebataron?  
¿Por qué tan sola en la tierra  
Sufro y lloro, condenada  
A tan mísera existencia?

— ¡Esa voz! — exclamó el hombre rojo, cuya palidez era espantosa.

— Es la de una demente á quien veneran los truhanes;

— dijo con sequedad el gran marqués.

Quiso su compañero levantarse, correr á la ventana; pero Villanueva se lo impidió.

— En todas partes la veo; — dijo el conde, cuya mirada triste parecía perdida en la inmensidad del recuerdo. — A cada momento me parece oír su voz... Debe ser otra advertencia. ¡Ah, Blanca, Blanca! ¿Me habré equivocado? ¿Será acaso que perdonas á tus verdugos, pobre víctima?

— Señor, — interrumpió friamente el delegado del rey — nada de subterfugios; recobraos, y ved que estamos tratando de algo muy serio.

Por un esfuerzo de su voluntad enérgica, Jacobo de Armañac logró dominar la pena que embargaba su ánimo, volviendo á ser de nuevo el luchador fuerte y bien templado que siempre fuera.

— En tiempos normales, — contestó — el rey debe reinar y no gobernar; pero atravesamos ahora un período de excepción; y como Carlos VI, Enrique de Valois no se halla en estado de administrar sus propiedades; se encuentra, por decirlo así, en una especie de minoría...

— ¡Oh! — exclamó el marqués que creía comprender. — Y os atreveríais...

Sin dejarle acabar, continuó diciendo el conde :

— Sabido es que á todos los reyes menores de edad, á todo ser incapaz de una gestión, la sabiduría de nuestras leyes impone un protector.



El semblante del antiguo cautivo de Vincennes, enrojeció de pronto al escuchar estas palabras.

— Franco es vuestro lenguaje, señor conde, — dijo — pero revela una única ambición por todo extremo reprochable. ¡De modo que pretendéis poner al rey en tutela, cruz de Cristo!... Ya comprendo. Como la plaza de tutor resultaría envidiable...

— Para mí no; — contestó el de Armañac con frialdad desdeñosa. — Ya os dije antes, que el espectáculo de los sufrimientos del pueblo había extinguido mi odio. Ahora añadiré que si la ambición hubiera sido uno de mis defectos, el mal ejemplo que da la nobleza habría sido bastante para corregirme de él para siempre. No: yo no quiero nada para mí; ¿lo ois? nada. Mi objeto al presentarme al rey no era otro que el de decirle: « Señor, suplico como una gracia á vuestra majestad que defienda á Francia defendiéndose á sí mismo. Os halláis vigilado y engañado por vuestra madre; víctima de las competencias sospechosas de vuestros primos; vuestros ministros os roban; vuestros favoritos se burlan de vos; todos os traicionan. Señor, las guerras de religión hacen de vuestro reino un vasto cementerio; vuestros súbditos están á punto de odiaros, y al ver cómo se destruyen entre ellos, el extranjero prepara sus armas para aniquilar á los que queden. »

— Bien hablado; — confesó el gran marqués. — Eso es la exactitud misma. Pero el rey os hubiera contestado esto, señor conde: « No ignoraba nada de lo que acabáis de decirme, porque alguien, antes que vos, me habló ya de esa manera. »

— Pero ese alguien, — dijo el conde — ¿señalaba el remedio al hablar de la enfermedad? ¿Lo aportaba acaso?

— No, lo confieso.

— Pues yo lo traigo. Y puesto que en este momento representáis al rey, señor marqués, voy á hablaros como si hablase á su persona. — La perfidia de cuantos os rodean se ha complacido dejándo os en la ignorancia de los asuntos del reino. El feudalismo, resucitado en plena monarquía, devora lo mejor de vuestros dominios. Los grandes son impudentes, cobardes y feroces; hay que caer sobre ellos con energía pues que aun es tiempo, si quiere evitarse que sus exacciones y sus violencias exasperen á ese tímido animal que se llama pueblo. El pueblo es un niño; pero como los niños, crece y echa dientes. Temamos su cólera. Por otra parte el extranjero os encierra poco á poco en un círculo de hierro. Por un lado, Isabel de Inglaterra y los luteranos de Alemania se coligan contra vos; por otro, y con pretexto de defenderos, Felipe II hace causa común con los Guisas, prepara su armada, á la que llama ya *invencible*, y que con pretexto de ir á las islas podría detenerse en nuestras costas, y os anula por España, Italia y Países Bajos, desde donde el implacable duque de Alba puede llegar en brevísimo tiempo á la capital de vuestro reino. Por algo dice Felipe, ese *demonio del medio día*, mi buena ciudad de París, al hablar de ella.

— ¡Por el santo sudario! — exclamó Villanueva — el cuñado del rey se atrevería...



— A todo se atreve ése. Pero acabo. La tierra tiembla; las testas coronadas están á la merced del destino adverso. María Stuardo, viuda de Francisco II de Valois, lleva nueve años encerrada en el castillo de Sheffield, y es muy probable que la odiosa María Tudor la entregue al verdugo. Sed enérgico, señor. Que una ráfaga de vuestra voluntad soberana barra de una vez la horda hipócrita de los traidores. Podéis y debéis hacerlo así; tanto más cuanto que después de eso, aun tendréis frente á vos vuestros enemigos del exterior, que son poderosos, que son muchos, y para combatir á los cuales habréis de tener junto á vos á un hombre abnegado y fuerte...

El gran marqués se levantó. Costábale trabajo escuchar sin interrumpirlo este discurso cuya finalidad parecía visiblemente interesada.

— Pero qué inmoderado deseo del poder ó qué locura de ambición os guía? — exclamó levantando los brazos.

El conde hizo un imperceptible movimiento de desdén.

— ¿Otra vez? — dijo moviendo la cabeza. — Creía haberos convencido de la sinceridad de mis sentimientos; de que no tengo odios ni avidez de honores... Y ahora salimos con que sospecháis que yo hubiera trabajado en favor mío. ¡Qué error tan grande! No: nada para mí, ¡ nada! lo repito. El salvador de la realeza que yo hubiera propuesto al rey, el hombre de corazón y de energía á quien considero capaz de realizar mi obra, sois vos, señor marqués de Villanueva-Marsan.

El gran marqués oyó estupefacto estas palabras. Hubiérase dicho que un choque formidable acababa de herirle en medio del pecho.

Algo repuesto al fin de su sorpresa, lanzó un profundo gemido y murmuró sin mirar al conde:

— ¡Cruz de Cristo! ¿Estaré en presencia del diablo? ¿También á mí se me prueba por medio de tentaciones?

Levantóse el conde á su vez, y poniendo ambas manos sobre los hombros de su amigo:

— Te resistes á creerlo, — dijo mirándole fijamente — y sin embargo es así. Te he probado que ninguna idea malsana manchaba mi cerebro; pruébame tú á tu vez que yo no me he equivocado al contar contigo. La patria te llama, Jacobo. ¿Te resistirás á escuchar su voz? Continúa en buen hora siendo amigo del rey; pero muéstrate al mismo tiempo digno hijo de la tierra que te vió nacer. Piensa en que hay millones de seres oprimidos que son tus compatriotas, más aún, hermanos tuyos. Sé francés, Jacobo.

La emoción de Villanueva era intensa, hasta el punto de obligarle á jadear; y á cada movimiento de su pecho, sentía el violento dolor que causábale alguna de sus heridas, abiertas poco tiempo antes. Algo repuesto, abrazó estrechamente al conde.

— Tú aparentas ser rebelde, — le dijo, — por más de que en el fondo continúas siendo leal al trono y devoto de quien lo ocupa legítimamente.

— Sí, así es en efecto. Sin embargo, — añadió á media voz el hombre rojo — en mí domina el culto de la patria, y éste lo antepongo á todo.



El gran marqués solo oyó el principio de la frase.

— Esa afirmación, — le dijo, — suaviza en gran manera lo que de duro tenían tus palabras anteriores. De nuestra inteligencia ó de nuestra discusión deben nacer las futuras resoluciones. Te conozco demasiado para comprender que si te proponías hablar al rey de ese modo es porque estabas seguro de lograr tu intento. Seme franco : ¿ cuentas sin duda con muchos y poderosos partidarios ? ¿ Quiénes son tus compañeros, y cuáles sus medios de acción ? Abajo está Guisa, como sabes, y no me extrañaría que antes de mucho cayésemos todos en su poder ; dime, ¿ qué fuerzas vas á oponerle ? ¿ Dispones de un ejército, puesto que vienes á ofrecer tu mediación ó tu ayuda ?

Y al mismo tiempo que formulaba estas preguntas precisas, el marqués de Villanueva miraba ansiosamente á su antiguo compañero de armas.

Lanzó éste un suspiro, en el que había no poco de desaliento, y murmuró en voz baja :

— Ya madurará el fruto, puesto que el árbol es vigoroso. Por el pronto soy yo el único capaz de apreciar la espléndida cosecha que promete... De ahí que este hombre, corazón generoso, encerrado en la estrechez de sus ideas de siervo leal se resista á comprenderme. Para él Francia no es más que una palabra, y la humanidad entera poca cosa ; él no vé nada más que el rey ; no piensa sino en el rey. Yo había esperado de él algo más que eso.

Levantando luego la voz, dijo dirigiéndose al marqués :

— Antes de que os encarcelasen, los *Descontentos* constituían ya una facción imponente.

— ¿ Una facción ? — repitió el marqués retrocediendo un paso.

— Las ideas de libertad, — dijo el conde, — germinan con lentitud en los cerebros de una nación vejada y sometida. Sin embargo, arrojad el grano en el surco y dejad que el tiempo por una parte, el sol y la lluvia por otra hagan su obra, y aun sin el concurso del labrador cada grano producirá una espiga, y cada espiga centuplicará la simiente. Yo sembré antes de que me apresaran en Vassy ; cuando regresé, pasados muchos años, hube de asombrarme ante la riqueza de la cosecha ; tan rica era que casi me dió miedo. Hoy no es posible contar el número de los *Descontentos* ; los hay en todas partes, arriba como abajo ; en el arroyo, en la cabaña, en los alcázares, en la Universidad, en el Parlamento, entre los soldados como entre los capitanes, y hasta en las mismas gradas del trono. Creisteis exagerar no poco al preguntarme si disponía de un ejército, y no sabéis que tengo algo mejor que eso.

— ¿ Mejor ?

— Sí, porque mando á un pueblo.

— ¿ Vos mandáis ?

— Autocráticamente.

Un calofrío agitó el cuerpo del gran marqués, cuyos párpados se cerraron, como si pretendiese ocultar á su interlocutor el violento combate que se libraba en su alma.

— Jacobo, — dijo por fin, con voz agitada por un

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEO  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año 1625 MONTERREY, MEXICO



temblor nervioso — si queda en tu corazón un rescoldo siquiera de nuestra antigua amistad, renuncia por Dios á tus proyectos. Renuncia : te lo ruego, te lo suplico en nombre del divino Salvador, en nombre de tu hijo y de mi hija adoptiva que deben amarse; en nombre, sí, en nombre de Blanca, tu adorada. Un gentilhombre no puede ser prevaricador. Guárdate de tocar al rey. Tu visión de los males que afligen al trono y á la patria es justa, lo confieso, muy justa sin duda alguna. El mundo galopa hacia nuevos destinos. El pueblo comienza á tener conciencia de su fuerza... Te aseguro que si yo ocupase el trono me apresuraría á suprimir los intermediarios, para apoyarme exclusivamente en los hombres de condición humilde que forman el tronco y los brazos de la nación. Pero éstos no son tus *Descontentos*. Tus descontentos son la hez de todas las clases sociales; no son ni nobles, ni burgueses ni villanos, son sencillamente *descontentos*, y con eso está dicho todo. Sospecho que me comprendes, y que en tu fuero interno sientes vergüenza de dirigir esa horda, impotente para todo lo que no sea el mal... Jacobo, el pueblo no puede estar contigo; el verdadero pueblo es bueno; solo se engrandece resignándose y disimulando sus sufrimientos. Creeme, no toques al rey; no ensombrezcas aún más el porvenir procurando empañar su prestigio. El cetro es algo así como el arca santa; no toques á él si no quieres ser un parricida.

Villanueva hubo de detenerse porque la voz se ahogaba en su garganta. Enjugó con el dorso de la mano el sudor que bañaba su frente, y observando que el

calor de su palabra emocionaba visiblemente á su interlocutor, quiso sacar partido de dicha emoción, y continuó, uniendo sus manos en ademán suplicante.

— Puedo jurarte por mi honor que me hago cargo de cuanto me has dicho. Sé que me has querido siempre, de cerca como de lejos, y comprendo que si pretendías dejarme en mi prisión algunas horas más, era con el objeto de sacarme de ella fresco y dispuesto, una vez pasado el peligro. Tú querías ser la espada del destino, y tu solicitud hubo de pensar en mí para convertirme en médico social, para encargarme de curar las llagas ocasionadas á la patria por la guerra civil. Bendito seas por haber tenido ese pensamiento generoso; por haberme querido encargar de tan noble misión. Cree que si yo no hubiera recobrado mi libertad sino una vez conseguida por los tuyos una victoria sobre la realaleza, habríame resignado, aplicando mis energías á curar los males de mi país. Pero afortunadamente me ha sido evitada esa gran vergüenza; y como aún no se ha dado la batalla, y como yo me encuentro libre y válido, ten por seguro que no ha de darse... No : no arrugues el entrecejo, Jacobo; ni mando ni amenazo. Si se deslizó en mis palabras algo que haya podido molestarte, retirado queda. No impongo mi voluntad, suplico únicamente. Tú eres la fuerza y yo la razón; es á mí á quien corresponde humillarse, solicitar, llorar...

Así diciendo, disponíase á caer de rodillas, cuando el conde le detuvo con mano vigorosa.

— No, eso no; — dijo enrojeciéndose.

— Sea, te obedezco, — añadió el marqués — aunque



moralmente estoy prosternado ante ti. Oye mi humilde ruego, vuelve á nosotros, acuérdate de que tus antepasados lucharon por el rey contra los borgoñones, de que tú mismo juraste fidelidad al hijo de Francisco I...

— Yo he prometido á la patria ser su caballero, — balbuceó el conde.

— Comprometido con el rey, esa promesa era imposible.

— Vos mismo habéis dicho, marqués, que el rey es un principio, un comienzo, un origen... Yo busqué la fuente, la esencia, y arrastrado por la vida conocí el río que aquella forma. Francia saqueada y mi corazón enlutado se comprendieron pronto; para poder vivir lejos de Blanca, hacíase indispensable un alma hermana á quien amar, que no pudiera ser en ningún caso una rival de la que fué mi vida .. Por eso juré mi fe á la tierra natal. Un juramento de amor, marqués, es sagrado; yo no puedo tener otros amores que mi patria.

El marqués comprendió que nada le sería dado obtener por la persuasión, y se decidió á adoptar una actitud más en armonía con la misión que el rey le confiara y que él había aceptado.

— Conde de Armañac — dijo con voz severa y autoridad de juez — sospecho que sois vos quien concibió la idea de dar esta noche una fiesta en el dominio de Nesle para ver de obtener por la intimidación lo que otros desean obtener por fuerza. Y como el rey tuvo la debilidad de escuchar vuestros consejos, sabiendo que se hallaba aislado llegabais hace poco á ofrecerle una

paz insultante... Supongamos que la oferta ha sido rechazada y veamos qué es lo que en vuestro concepto debe constituir el *casus belli*.

Esta vez fué el hombre rojo quien bajó la vista al suelo. Notábase que hacía esfuerzos para contenerse. Su semblante, iluminado hasta entonces por una mirada profética, reflejaba ahora una honda y grave preocupación.

Por su parte el gran marqués había fruncido el entrecejo, hasta el punto de que en el centro de su frente se marcaba un surco.

— Todo *ultimatum* supone una provocación tácita; — dijo con voz sonora. — Dignaos decirme dónde deberemos ir á hacernos matar, porque yo recojo vuestro guante en nombre del rey.

Un quejido ahogado se escapó del pecho del conde al oír estas palabras.

— No es empresa de súbditos leales, — dijo — eso que tú haces : obligar á tu amo y señor á presentarse en la liza en la que puede naufragar la monarquía. El rey no hablaría como tú lo haces; añadió haciendo ademán de dirigirse hacia la puerta del tocador. — El me comprendería... Déjame pasar.

— ¡No pasarás! — contestó Villanueva irguiéndose delante de él. — Estoy aquí por orden del rey y en puesto suyo.

El otro no trató de evitar el obstáculo ni de franquearlo. Sus pupilas estaban secas; pero en ellas advertíase el desaliento. En voz baja, grave y triste, pronunció estas palabras :



— Esperé llegar á mi objeto sin efusión de sangre; deseo que no pese en vuestra conciencia la que va á derramarse por vuestra culpa.

Las pupilas del gran marqués se animaron.

— ¡Cruz de Cristo! — clamó con energía. — ¿Pero es que tú, Jacobo de Armañac, vas á teñir en sangre tus manos? ¿Qué sangre es ésa que quieres derramar? ¿De quién, habla, de quién?

— Marqués, Marqués, por piedad, reflexiona un poco, y tente á mis razones. Tú estás solo; solo contra Guisa, contra mí, contra una multitud. ¿Qué resistencia puedes oponer? Se hará inevitable una carnicería. Créeme, ten compasión de tu soberano.

— Mi compasión la tienes tú por entero, pobre extraviado. ¿Que vosotros sois innumerables y yo estoy solo? Poco importa. Aun cuando haya que pegar horas y días y años enteros, pegaré mientras tenga fuerzas. Dios sostendrá mi brazo, y hará de él un rayo exterminador para la destrucción de la raza execrable de los amalecitas y de los traidores... ¿Qué es eso, lloras? También yo : pero no por mí, Jacobo, sino por ti á quien tanto quise. Mi dolor y mi cariño en este momento son como los sentimientos que debieron dominar en Bruto cuando hizo dar muerte á sus hijos conspiradores... Tú eres mi hermano por el corazón, y sin embargo te maldigo; eres el único hombre á quien hubiera deseado tener siempre junto á mí, y considero necesaria tu muerte... Vamos, habla, ¿dónde nos batimos?

Realizando violento esfuerzo logró el conde dominar

los postreros escrúpulos de su conciencia; ya no podía más, habíase agotado su calma.

— En mi alma y conciencia, — dijo — creo haber obrado bien; de lo que pueda ocurrir no culpes á nadie, marqués, á nadie más que á tí mismo. Va á sonar la hora... El lugar escogido es esta torre... Antes de que dé la señal, permíteme, Jacobo, que te abraze por última vez...

— ¡Con el alma y la vida! — dijo el marqués, abrazando á su antiguo amigo con efusión verdadera.

El conde se estremeció de pronto, procurando esquivarse á la manifestación de cariño por él mismo provocada. Háblele parecido que una voz extraña murmuraba cerca de él :

— Los tuyos esperan la señal; debes dársela... Tu palabra está empeñada...

Pero el puño de gigante que luchara solo y sin armas contra los asesinos enviados por Catalina, el puño del gran marqués era algo así como una maza de hierro, y toda la energía desplegada por Armañac para substraerse á su presión no sirvió más que para acentuarla.

— ¿Se trata de una perfidia? — balbuceó. — En tí no la creo posible.

— Haces bien, porque mi nombre es sinónimo de honor. Pero has tenido la imprudencia de indicarme la hora y el sitio de la revuelta contra el rey, por lo que la provocación ha partido de tí. Yo te he dicho que la acepto, ¿no es eso? Bueno, pues los tuyos pueden esperar la señal, que les darás ó no, según Dios disponga, porque al juicio de Dios apelo.



Así diciendo, dejó libre al conde y desenvainó su espada.

— Si no dispones más que de un puñal, conde, he ahí famosas hojas que podrán servirte; — dijo señalando á una panoplia.

Pero Armañac parecía no oírle. El hombre cuyo mágico poder hiciera temblar la corte de Francia permanecía inmóvil, indeciso. En su alma libraban rudo combate las más opuestas sensaciones.

— Marqués, — dijo por fin, mientras que la sangre hinchaba las venas de su robusto cuello — los hombres que me siguen poseen sentimientos elevados; quieren á todo trance el engrandecimiento de la patria, pero el rey nada tiene que temer de ellos. En cambio los españoles y alemanes asalariados de los Guisas son temibles, como tú mismo sabes; si quieres ver cómo mis hombres presentan el pecho á los puñales de los asesinos de Enrique de Valois, déjame que cumpla con el deber que me he impuesto.

— Eso sería otra capitulación, es decir, otra vergüenza; — contestó el viejo realista moviendo la cabeza. — Enrique puede caer, pero no humillarse. Tu mano está comprometida, y tu alma es el alma de un complot. Salvar tú al rey, sostenerle con ayuda de tu espada que se ha empañado, equivaldría á derrumbar la realeza, y semejante infamia no será cometida mientras yo viva. Los otros me encontrarán frente á ellos, como tú me encuentras frente á ti; no ha de pasar ni uno. Así lo he prometido, y para cumplir mi palabra estoy pronto /*A todo!*

Al oír este razonamiento fuése el conde sin pronunciar una sola palabra hacia la panoplia, tomó en ella una espada de hoja damasquinada, y volvió á donde se encontraba el marqués.

Miráronse ambos y se comprendieron. Los dos se querían, pero sus convicciones, profundas, eran por desgracia diametralmente opuestas.

Una vez más se unieron en estrecho abrazo, porque se apreciaban en su justo y mutuo valor. Luego se separaron, santiguándose devotamente.

— Que Dios juzgue entre nosotros, Jacobo, — dijo el conde.

Y el marqués contestó en el mismo tono sombrío:

— Sí, que Él juzgue.

Cruzáronse los aceros con áspero ruido.

La lucha entre aquellos dos hombres de otra edad debía ser gigantesca, lucha á muerte, sin tregua ni descanso. El deber de cada uno imponíale la muerte del adversario. Un abismo los separaba: sus creencias. Y la mano pesada del destino, poniéndolos en la imposibilidad de razonar, ahogaba la ternura que les uniera antaño bajo la estrecha y múltiple significación de la palabra más respetada y menos definida: honor.

Honor del trono. Honor de la nación.

Uno pensaba: ¡Por la corona!

Y el otro se decía: *Sub lege libertas.*

Caballero leal, el marqués de Villanueva-Marsan no reconocía límites en el cumplimiento de su deber. El hombre que tenía frente á sí, acababa de rebajar á sus más caros ídolos hablando de imponer una tutela á



Enrique de Valois, formulando dudas sobre el valor moral del pontífice romano, y arrojando en la balanza, á modo de espada de Breno, esta sola palabra : Patria. Grito resonante, grito mágico que le hacía estremecerse porque adivinaba su alcance inconmensurable...

El conde de Armañac, por su parte, no era hombre á detenerse en el camino que habíase trazado, por el hecho de que de pronto creía ver alzarse frente á él la barrera viviente constituida por su antiguo compañero. Todos sus pensamientos, todas sus acciones á partir del día en que su existencia quedó trunca, habían tenido un solo objetivo : su obra de salubridad patria. Y he aquí que su amigo, su hermano, obstinado hasta la ceguera, hacía perder un tiempo precioso, y, sin querer darse cuenta de ello, iba á llevar la ayuda de su brazo á la horda miserable de los traidores soliviantados por el duque de Guisa. Su deber le ordenaba deshacerse á todo trance del obstáculo imprevisto, y por entenderlo así, atacó.

El marqués vió llegar la espada en derechura á su pecho, y paró sin moverse : contestando enseguida envió la punta de su acero hacia el ojo derecho del conde Jacobo, quien evitó el golpe rompiendo rapidísimo.

Ambos habían visto esgrimir á Sed de Amor : el uno en el patio de los proveedores de Vincennes y el otro en el Prado de los Clérigos; y ambos comprendieron que acababa de ser iniciada la terrible estocada de Spolto.

Tal vez por eso se detuvieron durante un segundo.

Querían matarse, si, pero no desfigurarse, y ambos sintieron vergüenza. La entortada entre ellos era imposible. No, todo menos eso.

Chocaron de nuevo los aceros. Movíanse rapidísimos, yendo, viniendo, cruzándose, alejándose, en lucha ardiente y silenciosa.

Los dos rivales eran igualmente vigorosos, diestros y de alma bien templada. Almas estoicas, brazos de hierro, corazones de león.

El duelo, et tremendo duelo fratricida ordenado por dos pasiones austeras, debía terminarse por un triunfo sin alegría y por una caída llena de tristeza.

Pero los juegos de espada galvanizan los músculos, y el esgrimista se vé arrastrado á pesar suyo á esfuerzos prodigiosos.

Apenas llevaban dos minutos conteniendo, cuando las espadas de ambos adversarios, con movimientos rapidísimos, á veces inverosímiles, chocábanse hasta el punto de que hubiérase dicho que les costaba trabajo separarse.

Silbaba la respiración en los pechos anhelantes; las miradas parecían tan agudas como los aceros mismos; corría el sudor por los rostros congestionados; los cabellos, coagulados, se agitaban en mechadas viperinas; herían los pies las baldosas del piso con enérgicas llamadas, y las manos febriles multiplicaban sus impacientes contorsiones.

Por la abierta ventana entraba un pálido rayo de luna. Alejada ya la tormenta, el cielo aparecía constelado de estrellas, límpido, sereno, y hacia la inmen-



sidad de la bóveda celeste subían atenuados apenas por la distancia los ecos de una pavana que la orquesta tocaba en los salones próximos donde ardía la fiesta.

Fué el gran marqués el primero en dar muestras de cansancio. No que estuviese herido; pero sufría de anteriores lesiones, que aún sangraban, como sabemos.

El conde advirtió que su rival parecía agotado, y le gritó sin detener sus movimientos:

— Dios está de mi parte, Jacobo, porque mi causa es santa. Déjame pasar y vivirás.

— ¡Véte y te dejaré vivir! — contestó Villanueva acompañando sus palabras de un tan rápido ataque, que el de Armañac hubo de romper con presteza para no verse atravesado.

Furioso el conde y rugiendo de cólera al verse aculado, atacó él á su vez. Fué tan tremendo el choque, que cruzadas cada una de las hojas entre los gavilanes de la espada contraria, se rompieron ambas como si fueran de vidrio.

Entonces ambos duelistas arrojaron las empuñaduras, desenvainando á un tiempo mismo los puñales. Y luego de haber arrollado en torno del brazo izquierdo el uno su capa y el otro el albornoz, inclinados sobre sus piernas, cautelosos, como fieras que se aprestan á saltar, volvieron el uno hacia el otro.

Noble y hermoso el combate hasta aquel momento, tomó de pronto un aspecto horrible. Los dos Jacobos, el de Villanueva y el de Armañac hallábanse muy próximos: sus pies se tocaban, confundíanse sus alientos,

se cruzaban las llamaradas de sus ojos, confundiéndose á veces en un solo relámpago.

El conde quiso apartar con el brazo izquierdo, protegido por el albornoz, el arma del marqués, mientras que su mano derecha descargaba rápida un golpe furibundo en dirección al pecho contrario. Dicho golpe habría puesto término á la lucha si el marqués no se hubiese agachado, como lo hizo, para evitarlo. Pero fué tan rápido su movimiento, que impulsado por la velocidad adquirida, el conde pasó por encima de él, sin poder evitarlo, y fué á dar de cabeza contra la pared, lesionándose duramente.

El gran marqués pudo entonces herirle, pero no lo hizo; habríale avergonzado aprovecharse de una ventaja; pero cuando de pie nuevamente el conde, vió que volvía colérico hacia él, presentó su escudo al golpe del adversario, y dejó caer el puño armado de la daga.

La hoja de ésta se hundió hasta el mango en el cuerpo del conde. Villanueva triunfaba; pero lejos de alegrarse lanzó hondo suspiro de desesperación y á punto estuvo de desmayarse.

Jacobo de Armañac había caído de rodillas; escapábasele la vida, pero la lucidez de su cerebro era completa. Tanto, que aprovechándose de la desesperación de su adversario, y no obstante los propios y agudos sufrimientos, quiso arrastrarse hacia la puerta del tocador donde suponía al rey. Villanueva lo observó, y pasando sobre el pobre cuerpo mutilado que dejaba al moverse una huella sangrienta, sangrando él mismo



por sus heridas, abiertas durante la reciente lucha, fué á colocarse ante aquella salida.

Armañac, con ambas manos en el mango de la daga cuya hoja acanalada horadaba su pecho, imploró aún una vez más.

— En nombre de María, Jacobo; por lo que para tí haya de más querido en el mundo, déjame que dé órdenes... Guisa está cerca; con él se encuentra el hombre de la cara robada... Quiero oponerme á sus designios...

— No, conde, no; tú no saldrás de aquí; — dijo el marqués, más palido aún que el moribundo. — Si tú has fracasado, ¿qué quieres que haga Guisa? Tú eras el único terrible...

Las lágrimas nublaban sus ojos.

— Tienes razón, Jacobo; — dijo el conde. — Tú vales más que todos juntos. Y si mi hijo está contigo... ¿*Cur non?* Valois no tiene nada que temer. Voy á morir... ¿Por qué esas lágrimas?

La voz del moribundo se debilitaba por momentos. Sin embargo, continuó hablando aunque con penoso esfuerzo.

— Ha terminado mi duelo; — decía. — Voy por fin á reunirme con mi amor, con mi Blanca, que me tiende sus brazos, que me llama... Por mi puesto en el paraíso te lo juro, Jacobo, próximo ya á comparecer ante el Juez supremo... Yo iba allí donde el honor me ordenaba que fuera; mi conciencia no me reprocha nada...

Sus manos vacilantes procuraban llevar hacia la cara el borde del albornoz. Comenzaba la agonía.

— ¡Vivirás, Jacobo, tú vivirás! ¡No es posible que mueras de ese modo! ¡Yo no puedo, no quiero haberte asesinado! — gritó el señor de Villanueva arrodillándose junto á su amigo, por los labios descoloridos del cual pasó algo así como una sonrisa.

— Tomamos á Dios por árbitro, — murmuró con voz débil como un suspiro, — y se ha mostrado justo puesto que vales más que yo... No llores, Jacobo: piensa que tu pena aumenta mis sufrimientos... Bien hecho está lo hecho. No te diré que muero contento, porque eso fuera mentir. Soñé con ser el Moisés del pueblo francés; quise arrancarlo á su esclavitud y darle un puesto libre entre los pueblos libres. Pero — añadió con desaliento — el Señor abate á los orgullosos. Cuando Moisés llegó á la cumbre de la montaña le mostró el país de Canaam y no toleró que franqueara sus límites. A mí me muestra lo porvenir... el pueblo tendrá su día de gloria... El himno de la libertad trastornará el universo estupefacto... ¿Cuándo? Seguramente que no será mañana... Jacobo, amigo mío, mi hermano, yo ya no necesito otra cosa que un sitio bajo la tierra apacible en que se acostó Blanca hace ya diez y nueve años. Tú serás el padre de mi hijo... Ya lo conoces: es el aventurero á quien llaman Bernardo de Arma... Pero te juro que es un Armañac-Saboya-Nemours. Dale á tu hija por esposa... tu hija, ¿me comprendes?

Profundamente afectado, quiso el marqués de Villanueva impedir que su amigo se fatigara hablando.

— Por Dios, Jacobo, valiente y noble amigo...



— Déjame acabar; — dijo el conde. — Tengo los momentos contados. Quiero que protejas á Fiamma; esa muchacha me inspira bastante inquietud hace unos días.. Castiga sobre todo al ser innoble que lleva mis títulos... al hombre de la cara robada. Esos títulos pertenecen á Bernardo. Dáselos, y... abrázame.

Trastornado por el dolor, el gran marqués tomó á su antiguo compañero entre sus brazos.

Realizando un supremo esfuerzo, y con voz apenas perceptible, el moribundo deslizó en su oído estas palabras :

— Enrique de Guisa ordena el asalto... lo veo... lo estoy oyendo... ¡Alerta, caballero del rey! Hazte ayudar por Armañac, no yo, el otro, el nuevo... Él esgrime la espada del arcángel., ¡Ah, no le digas cómo ha muerto su padre!... A ti... á Blanca... ¡adiós! ¿*Cur non?*

El gran marqués observó que el cuerpo de su amigo poníase rígido entre sus brazos. Lo que en ellos tenía no era más que un cadáver, que depositó con religioso respeto sobre las baldosas desnudas.

En este momento abrióse la puerta del tocador, apareciendo el rey en el umbral.

— ¿No oyes ese ruido, marqués? — preguntó con voz alterada por el miedo — Parecen gritos de guerra. .

Enrique III vestía su traje de corte y en pie junto á la puerta entreteníase con un nuevo boliche de madera de las islas, incrustado de nácar.

Al darse cuenta de que sus observaciones quedaban sin contestación, interrumpió su juego, y dió un paso adelante penetrando en el saloncillo.

Apenas lo hubo hecho, retrocedió estupefacto, reflejándose el horror en su mirada inquieta. El espectáculo que se ofrecía á su vista no era en efecto para menos. Acababa de distinguir á Villanueva Marsan arrodillado en las baldosas teñidas de sangre, y depositando en ellas el cuerpo inerte de Mammouth el rojo.

— ¡Por el Santo Espíritu! — exclamó retrocediendo, — ¿qué es lo que haces, marqués? ¿Es acaso que has dado muerte á mi mago? La verdad es que ese hombre comenzaba á hacerse inaguantable.

El marqués de Villanueva-Marsan se puso en pie, pálido el rostro, sombrío y descompuesto.

— Señor, — dijo señalando la pechera de su jubón manchada de sangre, — la gran Catalina proponíase hacerme quitar la vida. Por el bien de vuestra majestad acabo yo mismo de arrancarme el corazón.